

AGENDA CIUDADANA

EL PASADO COMO FUTURO

Lorenzo Meyer

Un Gran Problema.- Hay que vernos en el espejo de los ejemplos disponibles y comprender que el pasado autoritario fácilmente puede convertirse en algo por lo que muchos puedan sentir nostalgia. En las jornadas por venir, existe el peligro de que alguien pueda presentar el pasado como el proyecto del futuro... y tenga eco.

Es frecuente que las épocas de cambio político real vayan acompañadas de desorden, ingobernabilidad y desánimo. En esas circunstancias, muchos echan de menos al viejo orden y la "sabiduría popular" se resume en un: "antes no todo estaba bien, pero ahora todo está peor". En Rusia, en partes de la antigua Yugoslavia o en Ucrania, por ejemplo, una buena parte de la sociedad ve al pasado no muy lejano --al totalitario--, con nostalgia. Y esa actitud es, a su vez, un gran obstáculo para acceder a un estadio superior de organización del poder y de vida colectiva. Y eso puede pasar también aquí, en México.

España o Portugal transitaron muy rápido --y muy bien--, de sus viejos sistemas antidemocráticos a los nuevos: modernos, abiertos y plurales. En la transición política de la Europa del sur en los años setenta, el desorden prácticamente estuvo ausente y la ingobernabilidad casi no apareció. Algo similar ocurrió en la antigua Checoslovaquia ahora pacíficamente dividida en dos, en Hungría o incluso en la extinta República Democrática de Alemania. En nuestro

continente, Uruguay o Argentina dejaron atrás la dictadura e instalaron la democracia con celeridad, Chile pasó de golpe de la dictadura de Augusto Pinochet a una semidemocracia (el ejército sigue sin subordinarse a la autoridad civil y por tanto la democracia plena aún no llega a ese país) sin caer en la ingobernabilidad.

Sin embargo, hay una larga lista de naciones donde, desde la perspectiva mayoritaria –es decir, de la nación--, el cambio de régimen no ha significado un avance en la calidad material o moral de la vida y, en cambio, se considera al pasado, aunque malo, preferible al presente. Entre estas últimas, destacan la antigua Yugoslavia con su interminable y feroz guerra étnica, y desde luego, la antigua Unión Soviética, es decir Rusia y casi todas las repúblicas que formaban la URSS.

México se encuentra en un punto intermedio, a la mitad del camino entre España, por volver a citar el ejemplo de buena transición, y Rusia, para usar un caso opuesto. Si la suerte, la inteligencia y la voluntad nos llegasen a fallar aún más, no es difícil imaginar a nuestro país deslizándose por la misma pendiente por donde Rusia se deslizó hasta ser el caso patético de involución que es hoy.

Lo que se echa de menos.- Para los antiguos ciudadanos soviéticos, el bienestar material nunca fue mucho, pero, al menos, concluida la II Guerra Mundial –esa que costo a su país 20 millones de muertos--, tenían la certeza de un trabajo, un salario, un departamento no bello pero sólido, atención médica, educación, una pensión, y el orgullo de pertenecer a una gran potencia mundial

que todos tomaban en cuenta. En la actualidad, y tras verse obligada a abandonar el sistema socialista y la economía centralmente planificada para entrar en el mundo de la globalización, el mercado y de la democracia política –más formal que real--, algunos ex soviéticos tienen un nivel de vida estupendo, mejor incluso que el de los aparatchiki del antiguo régimen y similar al de los grandes en las grandes economías de Occidente, pero son muy pocos, quizá no más del 5% de su población.

Dentro del pequeño grupo de nuevos ricos rusos, destacan los “siete grandes” que, se calcula, controlan el equivalente al 50% del Producto Interno Bruto ruso: Boris Berezovski, antiguo matemático, Vladimir Potanin licenciado en relaciones internacionales, Mijail Jodorokovski, comunista cuando joven, Vladimir Gusinski, licenciado en artes teatrales, Alexandr Smolenski, economista, Piotr Aven y Mijail Fridman (*El País*, 17 de enero). Potanin encabeza la lista de oligarcas con un capital de mil cuatrocientos millones de dólares, por lo menos hasta antes de la última crisis económica. El origen de esas fortunas que hoy dominan la industria del petróleo, el níquel o las comunicaciones masivas, fue la privatización, pues a cambio de casi nada, se hicieron de las empresas estatales. Un capital acumulado a lo largo de años por toda la sociedad, pasó por una bicoca a manos unos cuantos y así nacieron los actuales capitalistas rusos, gracias a las buenas conexiones políticas.

El otro lado de la moneda rusa es el de un país sin proyecto, mendigos, prostitución organizada, obreros con salarios miserables que no les llegan y

deben recurrir al trueque para sobrevivir, hospitales sin medicinas, un ejército sin equipo y con soldados tan mal nutridos que algunos son víctimas del hambre, pensionados que a los 70 años deben sobrevivir con el equivalente a 20 dólares mensuales, etcétera. Pero eso no es todo, la policía ha perdido el control que alguna vez fue absoluto y ahora mantiene una relación íntima, cotidiana con las nuevas y poderosas mafias criminales --que ya operan internacionalmente-- cuya fuerza ya determina, en buena medida, quien consigue que, como y cuando. Ese nuevo mundo criminal que funciona adaptándose a las fuerzas del mercado, es lo que puede explicar, entre otras cosas, el dinero para ciertas campañas políticas o como alguien que hace 15 años era mesero, como Sergei Mikhailov, es hoy dueño de un hotel en Budapest, un pasaporte diplomático de Costa Rica, una casa en Suiza y que los tribunales de ese país lo liberaran a pesar de estar acusado de ser el jefe de una de las mafias rusas más poderosas (*The New York Times*, 10 de enero).

En el caso ruso, y en otros similares, el antiguo Estado desapareció junto a su sistema antidemocrático de controles. Pero en vez de ser sustituido por un nuevo y auténtico Estado de Derecho, se creó un vacío de poder que parcialmente fue llenado por nuevos partidos y movimientos políticos pero, también, por personajes y organizaciones criminales como los mencionados. La corrupción propia del viejo régimen simplemente se quedó sin control y en un tiempo sorprendentemente corto ocupó una buena parte del campo que antes perteneció al viejo Partido Comunista de la Unión Soviética. El cambio político simplemente

no llevó a la antigua URSS a un estadio superior de gobierno y de economía, sino a un tipo distinto de injusticia y de cinismo colectivo, donde casi nadie considera a la política como una actividad digna, donde muy pocos confían en algún político y casi nadie espera algo positivo del jefe del Estado, Boris Yeltsin, ni del futuro inmediato.

¿Y México ?.- El caso mexicano no ha llegado a los extremos del ruso, pero los indicadores apuntan que está marchando en un sentido no muy diferente. En efecto, como en la URSS, la corrupción mexicana fue parte integral del sistema político que nació de la revolución. En sus mejores momentos, esa corrupción pudo ser más o menos controlada por un ejecutivo fuerte ya que, después de todo, la presidencia tenía un control más o menos efectivo de la economía, las comunicaciones, los gobernadores, los caciques, la policía, el ejército, la burocracia y los sindicatos. Si bien nadie podía pedir cuentas al presidente, éste, cuando se lo proponía, podía pedir las a cualquiera y hacerle pagar el precio si no se las entregaba.

A partir de 1982 la presidencia mexicana fuerte, la del período "clásico" de la postrevolución, se empezó a diluir. Parte de los poderes que esa institución perdió, fueron ganados, a pulso, por los partidos de oposición y por otras fuerzas independientes y, desde luego, por el mercado. Esa es una parte de la historia reciente de México --la del pluralismo y la globalización. Pero hay también otra, la de la crisis económica permanente, la marginalidad social en aumento, la corrupción desbordada y la ingobernabilidad. En efecto, las fuerzas de la

corrupción y el desorden encontraron un caldo de cultivo muy propicio en el medio creado por un régimen que perdía fuerza pero que hacía y hace todo lo posible por impedir la institucionalización de la única alternativa legítima y funcional al estado de cosas presente: la alternativa democrática.

Con una legitimidad desgastada, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas –sobre todo Salinas– y Ernesto Zedillo decidieron no enterrar el cadáver del viejo orden –el del PRI-- sin importar que su descomposición a cielo abierto dañara aún más a una sociedad muy vulnerable y que necesitaba de toda su autoestima y confianza para hacer frente a la integración con la economía más fuerte del planeta. Pero la ausencia de sentido de responsabilidad, la falta de grandeza de espíritu y la desmesura y ambición sin freno de uno de ellos –Salinas--, llevaron a México a la situación en que hoy se encuentra: la de una colectividad sin proyecto, ahogada en la incertidumbre, la falta de oportunidades y el temor, y cuya energía se gasta en la búsqueda de la salvación individual sin que haya tiempo o voluntad para dar sentido a un proyecto nacional.

En un régimen ya a la deriva tras la crisis del 82, el narcotráfico tomó fuerza –esas organizaciones criminales, como las rusas, tienen la capacidad, los recursos y el proyecto que al gobierno le faltan– e infiltró sin mayor dificultad lo mismo a la extinta Dirección Federal de Seguridad de la Secretaría de Gobernación que a la Procuraduría General de la República, al ejército o a los gobiernos estatales, desde el de Jalisco o el de Sinaloa, hasta el de Morelos y en estos tiempos, al de Quintana Roo. El nuevo proyecto económico, el de la globalización, nació cargado

de fallas y debilidades. Carlos Salinas hizo una privatización llena de fraudes, así, por ejemplo, entregó a sus asociados los bancos, pero la falta de profesionalismo o de ética pronto llevó a las instituciones financieras a situaciones de quiebra o cercanas a la misma y al final, el gobierno privatizador colectivizó el costo de las trapacerías y deshonestidades de la nueva oligarquía por la vía del FOBAPROA.

En varias ciudades, lo mismo que en zonas rurales, una estructura policiaca ya muy corrupta, poco profesional y desmoralizada desde siempre, simplemente se vino abajo. Fue entonces cuando esos mismos policías y otros "espíritus empresariales" -- muchos de ellos provenientes de los sectores populares sin alternativas-- , se organizaron para crear las "industrias" del robo violento en todos los espacios físicos y sociales y del secuestro. De nuevo, toda la sociedad paga por esta falta de reemplazo del régimen autoritario en descomposición. En realidad, el único sitio donde ha florecido la igualdad en México --bien se le puede llamar al fenómeno la "democracia negra" -- es en la exposición al peligro, pues el crimen organizado ataca a todo y a todos: a los pocos ricos, a los muchos pobres y a la menguante clase media.

Como en el caso ruso, la concentración de la riqueza aumenta, los pocos se llevan mucho y los muchos se llevan poco. Si en 1980 correspondía a los salarios el 36% del Producto Interno Bruto de México, en 1996 esa proporción había bajado al 29% (*La Jornada*, 26 de octubre de 1998). También llevó a México a una división social similar a la de un pasado que se creía superado: el 78% de los mexicanos se pueden clasificar como pobre moderados, pobres extremos e

indigentes (Julio Boltvinik, *La Jornada*, 16 de octubre, 1998).

Los rusos tuvieron Chechenia y México tiene a Chiapas. Y para que seguir, el punto sobre la comparación, creo, esta claro.

Historia y Futuro.- Desde la independencia y hasta la Revolución, todos los períodos de cambio político en México implicaron un largo, profundo y costoso desorden económico y social. Esta vez, al final del siglo, el país tuvo la oportunidad de vivir la transformación de manera distinta, de manera rápida y constructiva, pero su clase política simplemente se lo impidió, careció de la altura de miras para aprovechar esa oportunidad, y alargó el camino, con las consecuencias que todos estamos viendo y viviendo. Sin embargo, quizá no todo esté perdido y aún logremos que el futuro no sea la repetición del pasado. Para evitarlo, hay que estar muy conscientes del peligro en que nos hayamos. Ya no fuimos España, pero en un descuido podemos ser Rusia.